

RESEÑAS

Bernd HAUSBERGER: *Für Gott und König. Die Mission der Jesuiten im kolonialen Mexiko*. Oldenbourg, Viena, Austria: Verlag für Geschichte und Politik, 2000, 648 pp. ISBN 3-4865-6476-5

Una sensación de impaciencia me fue invadiendo mientras leía este voluminoso libro de Bernd Hausberger sobre la misión jesuítica en la Nueva España. Un sentimiento de urgencia cada vez mayor conforme avanzaba en la lectura. Ahora, que la he terminado, me gustaría explicar en cinco puntos las razones de tales impresiones.

1) En primer lugar porque es un libro emocionante, que uno lee con impaciencia, queriendo saber el desenlace de las expediciones militares al noroeste de México ocurridas a partir de fines del siglo XVI, de las que habla el autor, y del esfuerzo de los misioneros por imponer a las distintas etnias su religión, civilización y cosmovisión. Devora uno sus más de 600 páginas con cierta emoción por los detalles que se describen de ese choque entre distintos mundos; la cacería de esclavos, la conquista militar y religiosa sin tregua. Se estremece uno con las calamidades que azotaron a los distintos pueblos que habitaban esas zonas, las permanentes contiendas que tenían entre sí, la entrada de epidemias transmitidas por los primeros contactos con los europeos, las hambrunas, la penetración militar española y el terror que sembraba. Con esas fuerzas llegaban también los jesuitas, quienes iban organizando sus misiones para imponer su forma de ver el mundo en la

que, al decir del autor del libro, conformaban una indisoluble unidad la espada y la cruz, la sujeción militar y la religiosa. El objetivo de las misiones era la conversión de los indios en buenos cristianos por un lado, y en súbditos útiles del rey por el otro.

Con una claridad prístina se percibe esa soberbia occidental que impone su forma de concebir el mundo. Una cosmovisión, considerada como la única, la que tiene validez universal. A lo largo del libro resultan evidentes las distintas y profundas contradicciones en las que estaban inmersos los padres jesuitas y sus misiones. Por ejemplo, la existente entre la tarea aparentemente espiritui y religiosa que debían llevar a cabo con los distintos pueblos indígenas y la cotidiana de crueldad, sojuzgamiento violento y voracidad económica. Una de esas múltiples contradicciones empezaba en la misma vida diaria de la misión, en el conflicto entre una concepción de caridad y salvación de almas y, por el otro lado, la aceptación de una disciplina de azotes, castigos excesivos y rigor aparentemente necesarios.

Con impaciencia quiere saber el lector cómo se resolvió, finalmente, el conflicto entre una realidad económica mercantil pujante y la idea de construir un pequeño mundo cerrado y comunitario con estos pueblos indígenas tan distintos a los del centro de México. Algunos practicaban la agricultura, pero la mayoría vivía de manera predominante de la caza y la recolección. Tenían una vida altamente móvil y muy belicosa en relación con sus vecinos. Sus prácticas culinarias, sociales y religiosas chocaban profundamente con lo que los europeos concebían como "civilización". Por eso la misión creada por los religiosos europeos era una institución de disciplina, reeducación y aculturación de los indios dominados, donde se debía hablar el idioma indígena, donde se producía para el autoconsumo y para difundir los beneficios de la agricultura y donde se prohibía el contacto con los españoles. A los jesuitas no les interesaba que los nativos se comunicaran entre sí, ni con los españoles; la desconfianza de los misioneros hacia ellos era extrema. El contraste entre esta idea misma de la misión de los jesuitas y el contexto social y económico en el que vivían en los siglos XVII y XVIII es obvio, ya que se trataba de un mundo que era cada vez más dinámico y voraz, y necesitaba con apremio fuerza de trabajo voluntaria asalariada o forzada. Los intereses que rodeaban a los misioneros estaban totalmente orientados a la minería y al lucro, a la producción agrícola comercial y al tráfico intenso de mercancías.

En el noroeste, esas fuerzas contrarrestaron el mantenimiento de las fronteras étnicas y de la agricultura de subsistencia, y de las propias misiones. Con la migración a los asentamientos mineros y con la expansión paulatina de las tierras en manos de los españoles a estos nuevos espacios, en teoría prohibida por las leyes, la pertenencia a la emia se convertía en algo secundario en comparación con la pertenencia a una clase. El camino hacia los españoles y sus empresas, explica el autor, no sólo permitía a los indios escapar del control de los misioneros, sino también librarse de las ataduras del rígido orden étnico. Con el éxodo continuo, a fines del siglo XVII y sobre todo en el XVIII, se debilitaron las misiones.

2) Ante esta obra científica, pero a la vez emocionante —lo que es muy raro de encontrar—, surge también un sentimiento de urgencia de que se traduzca pronto. Aunque el libro cuenta al final con un resumen de diez páginas en castellano, éstas son insuficientes para apreciar la riqueza del estudio de Hausberger, pues no incluyen las maravillosas citas de cartas personales de los jesuitas, ni las reflexiones más amplias del autor. Éste es un historiador austriaco que ha dedicado ya muchos años de su vida al estudio del noroeste novohispano, especialmente de Sinaloa y Sonora, a su minería y a los grupos sociales que vivían en esa región. Este libro aborda el tema de los determinantes geográficos y climáticos de su zona de estudio, de los diversos pueblos que la habitaban, de cómo ocurrió la conquista española, cómo se fueron estableciendo las misiones de los jesuitas, cómo fue el desarrollo demográfico y cómo aprendían los misioneros los diversos idiomas.

Analiza en detalle las misiones en lo que hoy son los estados de Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Baja California y Nayarit, y su relación con el aparato militar de frontera, el presidio y las milicias y la acción de los indígenas como soldados. Al respecto hubieran sido útiles algunos mapas más, pues resulta insuficiente el único mapa que ubica a todas las misiones.

El autor describe cómo se dio la penetración de los jesuitas en territorio indígena, los primeros contactos, los regalos, las formas de convencimiento, el papel de la lengua indígena y el de los sermones; la lucha contra las creencias anteriores, cómo fueron utilizados la escuela y el ceremonial y rito católico; la vida cotidiana, la disciplina y los castigos. También explica cómo la coexistencia de numerosas y diversas identidades étnicas y lingüísticas y sus pugnas internas dificultaban considerablemente una alianza entre estos pueblos contra su sujeción.

Finalmente, en los dos últimos capítulos, Hausberger analiza con lujo de detalle la economía de las misiones, la organización del trabajo, la relación con la minería y el comercio, las rebeliones ocurridas y las diferencias regionales que existieron en las distintas misiones.

3) Es urgente, sin duda, la destrucción de mitos, especialmente hoy que los mitos históricos de la historia oficial, de la historia populista y de las simplificaciones nacionalistas nos invaden. Una de las metas del autor es mostrar lo falso que son muchos supuestos que se han tejido en torno a los jesuitas y sus misiones, especialmente el mito de la obra supuestamente utópica y humanista de los ignacianos (p. 614). Hausberger logra cumplir su objetivo en su obra por su profundo conocimiento empírico de cada misión, de cada zona y grupo indígena, de cada década, de cada siglo, a partir de las amplias fuentes que consultó. Destruye mitos que los propios jesuitas y la historia oficial de la orden parcialmente ayudaron a construir. Por ejemplo, socava la noción del aparente contraste y desacuerdo fundamental entre los jesuitas y los poderes civil y militar. Muestra, en cambio, cómo se apoyó su proceder en el terror que, primero, iban sembrando los soldados españoles. Lo convincente de su argumentación se debe a que aporta gran cantidad de nuevos datos y una descripción detallada de la vida y actuación de los jesuitas en el noroeste, descripción, por lo demás, apasionante.

La riqueza de este convincente estudio se debe a que su autor se basa en fuentes novedosas. La inclusión de cartas privadas de jesuitas proporciona una visión muy fresca, personal y auténtica a los datos. Esas fuentes epistolares públicas o privadas se contrastan con las opiniones más formales y con frecuencia acartonadas, vertidas en la documentación de la orden o en los informes que se localizan en archivos como el Archivo General de la Nación, el Archivo General de Indias y otros localizados en Estados Unidos. Al mismo tiempo, Hausberger es cuidadoso en no creer las exageraciones vertidas en algunas cartas de jesuitas o en mostrar lo subjetivo de muchos juicios. Va contrastando lo dicho por los padres con documentos localizados en archivos municipales y locales de Chihuahua, Parral, Durango o del Fondo Franciscano.

La tesis central de la obra es que en la expansión española la cruz y la espada formaban una mancuerna. Los conflictos entre el poder religioso y el secular que tanto recalcan los propios escritos de los jesuitas y muchos historiadores que los siguen, fueron, en realidad, secundarios. Como se dice en las conclusiones (p. 564),

en el fondo los jesuitas aceptaban con convicción el orden social del imperio español, sus extremas desigualdades sociales, sus instituciones militares y civiles, y precisamente veían su labor en la difusión y expansión de la cosmovisión en la que se basaba dicho imperio. De ahí el título que Hausberger da a su estudio; los jesuitas actuaban “Para Dios y para el Rey”.

4) Urge difundir la obra pronto, porque también invita a la reflexión más allá de lo que ocurrió en el noroeste en el periodo colonial con las misiones de los jesuitas. La parte de la obra escrita en alemán termina con el tema del efecto que la misión jesuítica tuvo en el contexto de la sociedad regional y con unas conclusiones amplias que retoman problemas ya insinuados en la introducción. Además, anexa como apéndice un confesionario en castellano, escrito originalmente en lengua pima.

Discute en esas páginas finales temas relacionados con el concepto de “frontera” y retoma la crítica que Hans Peter Duerr hace a Norbert Elias y su concepto del proceso “civilizatorio”. Ello lleva a Hausberger a una discusión filosófica excelente sobre el colonialismo y el etnocentrismo europeos. Esta parte del libro me parece fundamental. Abunda en esa breve discusión acerca de la cuestión del impacto de la labor de los jesuitas y sobre qué se entendía, en realidad, en los siglos XVII o XVIII, por “convertir” a un ser humano al cristianismo. Se pregunta qué características tenían el etnocentrismo y el desprecio de los jesuitas hacia los indígenas, y los contrasta con el racismo biológico, liberal y moderno del siglo XIX.

Después de todo, la base de la labor misionera misma era precisamente la convicción de que los nativos eran seres humanos y, como tales, hijos y criaturas de Dios. Para los jesuitas los indígenas no eran en esencia distintos. Lo eran sólo por su falta de trato con pueblos civilizados y por el estado de miseria en que vivían; por su poligamia y despreciables costumbres, por su falta de educación y por la ausencia de maestros. Eran, a pesar de todos sus defectos, humanos perfectibles y capaces de salvar su alma, de entrar a la comunidad cristiana. Al mismo tiempo los jesuitas estaban imbuidos de desprecio hacia ellos, aunque de manera diversa y multifacética (que el autor trata de mostrar con muchos detalles), y estaban perfectamente convencidos de la superioridad de su cultura, su civilización. Ello lleva al autor a hacerse una pregunta interesante, dice Hausberger: ¿actualmente es fácil y cómodo, desde Europa, tomar una posición de tolerancia y respeto ante los indios? Pero ¿qué postura tomar ante cosmovisiones totalmen-

te diferentes, ante culturas antagónicas, como, por ejemplo, el Islam? “La civilización occidental, sea en su forma cristiana, real-socialista o capitalista-democrática ha pretendido desde el inicio del mundo moderno tener derechos hegemónicos sobre todo el universo, y en eso no ha cambiado mucho desde la época de los jesuitas”, opina el autor en la página 549.

Me parece importante la reflexión final del autor de que, en ese sentido, el etnocentrismo del mundo occidental y sus pretensiones hegemónicas no han cambiado. El mundo occidental pretende hoy que son universales los valores democráticos, los derechos humanos, el libre cambio de mercancías en el sentido capitalista, y agresivamente asume la defensa y difusión de estas convicciones. Hoy, los que participamos en ese mundo occidental somos, ante cosmovisiones realmente antagónicas a la nuestra, en el fondo, igual de etnocentristas que los jesuitas del siglo XVII.

5) Finalmente, insistiré en la importancia de que se lea este libro ampliamente en México porque habla de muchos actores que, por lo general, no suelen ser protagonistas de estudios sobre el pasado mexicano. ¿Qué tanto sabemos, como “especialistas” que se supone que somos, como estudiosos del pasado, de los maricopas, pápagos, pimas, ópatas, guarijíos, acaxées y xiximes? ¿O de los habitantes de Baja California, los cocopas, pericúes y cochimíes? Aun en relación con pueblos más conocidos, como los mayos, yaquis, tepehuanes, tarahumaras, conchos o apaches, ¿qué tanta conciencia tenemos de su historia, de las interminables guerras que vivieron con sus vecinos, de las calamidades como epidemias y hambrunas que sufrieron, del terror militar que soportaron, de su mestizaje con otros grupos, de sus migraciones o de las transformaciones a las que se han tenido que ir adaptando a través del tiempo?

El libro de Hausberger nos ayuda así a reflexionar sobre nuestras limitaciones y nuestro etnocentrismo. Invita a pensar más sobre cómo superar por lo menos algunas de las numerosas distorsiones de nuestro conocimiento sobre la historia. Ojalá que muchos sigan sus pasos en historiar a esos grupos mucho más difíciles de captar en documentos, pero que, como se aprecia en esta obra, sí se logran retratar parcialmente si se busca entre los registros que nos han legado los primeros religiosos o seculares que tuvieron contacto con ellos. Con ayuda de esos documentos, con estudios de fuentes parroquiales y análisis demográficos detallados, y a partir de miradas de quienes vivieron entre ellos por muchos años, quizá se podrá escribir también su historia especial-

mente compleja, porque toda esa conformación socioeconómica norteña es móvil y escurridiza, al tratarse de una sociedad con fronteras internas y externas móviles y complejas, con presidios que se establecen y se dejan, reales mineros en bonanzas y borrascas, asentamientos que se fundan y abandonan. En fin, una sociedad caracterizada por un movimiento y una migración constante de los distintos grupos. En ese sentido, después de todo, una sociedad muy moderna.

Brígida VON MENTZ

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Sobre Leticia MAYER CELIS: *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*. México: El Colegio de México, 1999, 188 pp. ISBN 968-12-0860-9

En el panorama de la historiografía sobre la primera mitad del siglo XIX, el estudio bien documentado y mejor reflexionado que reseñamos merece ser retenido como una de las más brillantes aportaciones de los últimos años. Este libro destaca por tres buenas razones: la primera, porque muestra los esfuerzos y los éxitos relativos de la difusión de la nueva cultura geográfica y estadística a partir de la independencia; la segunda, porque nos propone un acercamiento analítico original capaz de conectar la realidad efectual con el imaginario de la sociedad mexicana moderna, y la tercera, porque contribuirá a superar los lugares comunes relativos a los caos político, social, económico y cultural que reinó en México durante la república notabiliar entre 1824 y 1857.

A partir del estudio de los cambios que anteceden y acompañan la creación y las transformaciones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la autora nos presenta cómo el desmoronamiento de la cultura filosófica y científica de corte metafísico, por efecto de la difusión de la nueva cultura filosófica racionalista vehiculada por el utilitarismo de Bentham, permitió, a partir de la década de 1820, una rápida reorientación de la cultura mexicana hacia las ciencias aplicadas, tenidas como útiles a la sociedad y a la construcción de la nueva República.

Gracias a la difusión de la estadística vemos progresivamente la nueva idea de que el mundo es una realidad mensurable, cuanti-